



LA RECONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO DEL REY SALOMÓN

Por el Q.: H.: Nicolás Felipe MezaWalde. Perú

Gentileza del Q.: H.: Rafael D'Arrigo C.

Es el tema central en el estudio de los diferentes grados tanto simbólicos como filosóficos de la Masonería, sobre todo en el desarrollo de la Leyenda de Hiram Abif, ubicada en la época salomónica dentro del Antiguo Testamento, la “pérdida” y la “recuperación” de la palabra, que a su vez reflejan en la idea de la muerte y la resurrección, como en la destrucción y la reconstrucción. Estas ideas que son antagónicas, a la vez, como el ying y el yang, constituyen las dos caras de una misma moneda, y se encuentran sumidas en el objeto de investigación y estudio de la Filosofía antigua y contemporánea, que es el HOMBRE.

Para nosotros los masones, el hombre que no ha visto la LUZ, deambula perdido por el mundo sin conciencia de su existencia; y para cambiar, debe morir en ese estado y renacer como un hombre nuevo. No es posible tener una vida nueva, si antes no se muere a la forma de vida anterior.

Es así que a lo largo de nuestro camino en los tres primeros grados simbólicos de la Masonería desarrollamos nuestro aprendizaje sobre la base de la construcción de nuestro Templo Interior, teniendo como alegoría y paralelo la construcción del templo del rey Salomón, encomendada al hijo de la viuda, nuestro Gran Maestro Hiram Abif, y bajo la supervisión del gran consejo Constituido por este Gran Maestro nombrado y los dos grandes Maestros, Salomón, Rey de Israel e Hiram, Rey de Tiro.

Así encontramos, que las obras del Templo comenzaron a ejecutarse durante el cuarto año del reinado de Salomón (aproximadamente 974 a. de J.C.) y finalizaron en el undécimo, casi siete años después.

Recordemos que según la leyenda, Hiram Abif, no logra ver terminada la construcción del templo, pues es asesinado por tres compañeros que querían conocer la palabra de Maestro y con él muere y se pierde dicha palabra, siendo reemplazada por la palabra sustituta que instituyó el rey Salomón, frente a la pérdida de uno de los Tres Grandes Maestros.

El Rey Salomón muere en el año 926-925 a. de J.C. y lo sucede su hijo Roboam. Desde que Salomón construyó el Templo, la ciudad de Jerusalén, que era considerada siempre como un asentamiento de la Tribu de Benjamín, adquirió un carácter intertribal. Allí llegaban todas las

tribus de Israel hasta la división del reino, en que la tribu de Judá reivindicó para sí esta ciudad.

Esta edificación subsistió cerca de 424 años, y continuó estando al servicio del pueblo de Jerusalén, pero sufriendo los efectos de las guerras que los judíos sostuvieron con los estados vecinos. Los “habitantes del Reino Septentrional de Israel, junto con la gran parte de los pobladores del Reino Meridional de Judá”, cayeron prisioneros fueron llevados a Asiria en cautiverio (de las principales ciudades del sur, sólo Jerusalén logró resistir a los asirios), los babilonios derrotaron a los asirios y Joaquín subió al trono de Judá (598-597 a. J.C.)

En Reyes, 24, 8-20, podemos leer los últimos mementos de esta maravillosa obra: “Joaquín tenía dieciocho años de edad cuando sucedió a su padre y reino tres meses en Jerusalén (...) En ese tiempo, los oficiales de Nabucodonosor, Rey de Babilonia, vinieron a atacar a Jerusalén, cercandola la ciudad (...) Joaquín, rey de Buda, se rindió junto con su madre, sus servidores, sus jefes y sus funcionarios. Era el octavo año del reinado de Nabucodonosor. Este los detuvo y se llevó los tesoros de la Casa de Yahvé y de la Casa del Rey. Además destruyó todos los objetos de oro que había hecho Salomón (...) el altar de Yahvé. (...) Nabucodonosor llevó al destierro a todos los jefes y notables, herreros, cerrajeros, a todos los hombres de valor y aptos para la guerra. Un total de diez mil fueron desterrados a Babilonia. (...) el rey de Babilonia dejó como rey, en lugar de Joaquín, a su tío Matanías, cambiando su nombre por el de Sedecías (...) Sedecías tenía veintiún años de edad y reino en Jerusalén durante once años”.

Antes de llegar al décimo año de su reinado como rey títere de Babilonia, Sedecías y los judíos se sublevaron nuevamente. Nabucodonosor invadió una vez más la tierra de Judea con sus ejércitos y acampó alrededor de Jerusalén “cercándola con una empalizada. La ciudad estuvo cercada hasta el año once (2 Reyes 25 1-2). Los defensores de Jerusalén debilitados por el hambre y la sed hicieron una abertura en uno de los muros de la ciudad y huyeron, siendo alcanzados en los llanos de Jericó por las tropas de Nabucodonosor. “Capturaron al rey y se lo llevaron a Riblá donde Nabucodonosor lo sometió a juicio por traidor. Los hijos de Sedecías fueron degollados a su vista, y a él le sacó los ojos, encadenándolo con una doble cadena de bronce para llevarlo a Babilonia.(...) Al día siete del quinto mes del año diecinueve del reinado de Nabucodonosor, uno de sus oficiales, Nebuzardán jefe de la guardia entro en Jerusalén, incendio la casa de Yahvé, la casa del rey y todas las casas de los poderosos, y las tropas de la guardia caldea demolieron las murallas de la ciudad” (2 Reyes 25, 6-10). Esto ocurrió hacia el año 586 a. de J.C.

Es así como se consumó la destrucción del Templo del Rey Salomón, encontrándose en el Libro de las Lamentaciones del antiguo Testamento, el grado de destrucción al que se llegó: “Ha desguarnecido la cerca de su Templo; ha demolido su Tabernáculo ... El Señor ha desechado su altar, ha repudiado a su santuario; ha entregado sus murallas y torres en poder de los enemigos, los cuales han dado voces en la casa del Señor como en una solemne fiesta”. (Lam. 2, 6-7) Pero estas lamentaciones, surgen como

consecuencia del comportamiento indigno y contrario a los mandatos de Yahvé, por parte de los Reyes de Israel, que preparan y provocan la destrucción de la obra construida por los hombres en homenaje a Dios, como lo era el Templo.

Refieren las Escrituras que alrededor del año 536 a. de J.C., el conquistador de Babilonia, Ciro, Rey de Persia, tomó la decisión que los judíos expatriados volvieran a su país. Ya el profeta Ageo había anunciado que el Señor, Yahvé, instó a Zorobabel a efectuar la reconstrucción del Templo prometiéndole que la “gloria de este último Templo será mayor que la del primero” (Ageo 2,9)

Los judíos que volvieron de Babilonia, aprovechando de su libertad y reunidos bajo las órdenes de Zorobabel y el Sacerdote Jesua, en Jerusalén, emprendieron la reconstrucción del Templo, animados por el mismo Ciro, echaron sus cimientos en el segundo año de su regreso. Sin embargo, encontraron muchas dificultades, principalmente la oposición proveniente de los samaritanos, la que fue causa de que no pudieran terminarse sino hasta el año 516 a. de J.C., luego que Darío diera el edicto en el año 520 a. de J.C. que permitió que los judíos realizaran sin estorbo alguno la reconstrucción del templo y volvieran los –tesoros Sagrados a Israel. En conclusión el templo se terminó a los veinte años de haberse iniciado su reconstrucción. Estas dificultades están detalladas en los Libros de Esdras y Nehemías del antiguo Testamento.

El plano general de este segundo Templo era similar al del primero, pero excedía en un tercio casi todas las dimensiones originales. Empero el primero lo superaba en cuanto a los revestimientos de oro y otros ornamentos. Sin embargo, la “Gloria de este último Templo” fue en efecto, “mayor que la del primero”, ya que tal como el profeta Ageo se la había anunciado a Zorobabel, fue santificado con el señor Jesucristo.

Los grados de Maestro de la Marca y Maestro del Real Arco se ubican en este período y el ritual tanto en la ceremonia de Adelanto del primer grado mencionado, como en la de exaltación al muy sublime Grado del Real Arco, narran los sucesos que en ellas se desarrollan con las alegoría y el simbolismo propio del mensaje moral que se nos da.

Recordemos que los Tres Grandes Maestros que construyeron el Templo del rey Salomón convinieron en jamás dar la palabra, salvo cuando estuvieran presentes y así lo consintieran los tres. La tradición de Nuestra Orden nos informa que bajo ese Primer Templo se había construido una Bóveda en la que nuestros antiguos Tres Grandes Maestros celebraban sus Tenidas y en la que depositaron tesoros valiosos del Gremio. A la muerte de nuestro Gran Maestro Hiram Abif, la Bóveda fue cerrada y Salomón instituyó una palabra sustituta hasta que generaciones posteriores descubrieran la correcta. Es en este Grado del Real Arco, en el que luego de excavar y trabajar en las canteras y sobre los restos del destruido Templo del Rey Salomón, que el candidato o los candidatos a ser exaltados al muy sublime Grado de Maestro del Real Arco, encuentran el arco en cuyo interior se encuentra el triángulo de oro en el que esta inscrita la palabra “perdida”, recuperándose para la posteridad.

La reconstrucción del Templo con ello tiene un mensaje más que el de la obra terrenal de la reconstrucción y se convierte en el mensaje espiritual al que debemos orientar nuestras vidas, “reconstruyéndolas” frente a los procesos de “destrucción” en los que podemos vernos inmersos por nuestras propias acciones, y renaciendo o reconstruyendo desde sus cimientos, el Templo de Virtud al que debemos aspirar. Sólo así seremos merecedores de “recuperar” la palabra perdida, que en el Grado del Real Arco es encontrada.

Bibliografía:

- “Diccionario Enciclopédico de la Masonería” – Lorenzo Frau Abrines y Rosendo Arús y Arderiu – Tomo III .- Editorial del Valle de México S.A. 1977.
- “Enciclopedia de la Francmasonería”.- Albert Gallatin Mackey.- Tomo IV.- Editorial Grijalbo S.A. 1981.
- “El Templo del Rey Salomón”.- E. Raymond Capt.- Ediciones Lidiun.- 1987.
- “Ritual del Gran Capítulo de Masones del Real Arco”.- Primera Edición.- Marzo 2001.
- “Los Judios”.- Luis Suarez Fernandez.- Editoria Ariel.- 2006.
- “La Construcción del Templo del Rey salomón”.- Nelson Morales B.
- Sagrada Biblia Larinoamericana.
- “Cuando Volvemos de Babilonia” C.C: Antonio Crespo. – 10 de Agosto de 2009.